

## **Dr. David A. DeSilva,**

### **2 Pedro y Judas**

### **Sesión 2**

En la siguiente sección, el autor expresa sus objetivos para la carta en general y la razón de su urgencia. La audiencia escucha al apóstol Pedro hablar sobre su deseo de brindarles un recurso perpetuo, un recordatorio de ciertos aspectos clave del evangelio apostólico y de la fe que han recibido, para que sirva como recurso que los mantenga en el camino correcto después de su muerte y, por lo tanto, de su incapacidad para hacerlo personalmente. Por esta razón, seguiré recordándoles estas cosas, aunque ya las conocen y están firmemente arraigados en la verdad que les ha llegado.

Pero considero justo, mientras estoy en esta tienda, animarlos con un recordatorio, sabiendo que el momento de dejar mi tienda se acerca rápidamente, tal como me lo reveló nuestro Señor Jesucristo. Así que me esforzaré en cada oportunidad para que tengan un recordatorio de estas cosas después de mi partida. Este pasaje ofrece dos reminiscencias de la vida de Pedro.

No está claro si el autor espera que los oyentes recuerden una tradición como la de Juan 21, donde Jesús, tras su resurrección, habla de la ejecución final de Pedro, o si el autor o el propio Pedro recibieron una revelación diferente de Cristo en el espíritu sobre su muerte inminente. En cualquier caso, el contenido de esta carta adquiere mayor relevancia al ser, por así decirlo, la última enseñanza del gran apóstol a las iglesias que deja. Y esta última enseñanza está orientada principalmente a asegurar a los oyentes la certeza de la convicción del regreso de Cristo y del juicio de Dios, frente a las modificaciones que ciertos escépticos introducirían en la fe cristiana.

Una razón principal por la que el testimonio apostólico sobre la fe debe recibirse y conservarse frente a los desafíos de los innovadores es que se fundamenta en la experiencia presencial de la intervención de Dios en el mundo en Jesucristo, y no en la inventiva humana. Esto nos lleva a la segunda y mucho más desarrollada reminiscencia: «Pues no os dimos a conocer el poder y la manifestación de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosamente inventadas, sino como testigos presenciales de su magnificencia».

Pues cuando recibió honor y gloria de Dios Padre, una voz le fue transmitida desde tan majestuosa gloria: «Este es mi hijo, mi amado, en quien me he complacido». Oímos esta voz proveniente del cielo cuando estábamos con él en el monte santo, y tenemos la palabra profética más segura, a la que harían bien en prestar atención como a una luz que brilla en un lugar oscuro hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en sus corazones. El autor se refiere aquí al extraño evento llamado la transfiguración, conocido por los evangelios sinópticos de Marcos 9:2 y siguientes, Mateo 7:1 y siguientes, y Lucas 9:28 y siguientes.

Por si el episodio necesita un poco de refrescamiento, comparto una versión abreviada del relato de Marcos. Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los condujo a un monte alto, solos y apartados. Se transfiguró ante ellos, y sus vestiduras se volvieron de un blanco

resplandeciente, como nadie en la tierra podría blanquearlas. Y se les aparecieron Elías y Moisés, que conversaban con Jesús.

Entonces una nube los cubrió con su sombra, y desde la nube se oyó una voz: «Este es mi Hijo amado, escúchenlo». De repente, al mirar a su alrededor, ya no vieron a nadie con ellos, solo a Jesús. Mientras bajaban de la montaña, les ordenó que no contaran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos.

En primer lugar, el autor de Segunda Epístola de Pedro presenta su relato de la transfiguración como testimonio presencial. En el libro de texto de Aristóteles sobre argumentación eficaz, Aristóteles afirmó que las pruebas más sólidas que se podían ofrecer eran aquellas que el orador no tenía que inventar. Los testimonios presenciales, los juramentos y los documentos escritos se incluyen en esta categoría de pruebas sólidas.

El testimonio presencial de Pedro habla de la gloria con la que Dios había investido a Jesús. Junto con Santiago y Juan, Pedro vislumbró la gloria que Jesús, el Hijo eterno, había tenido con el Padre antes de su encarnación. Vislumbró la gloria que Jesús tendría no solo después de su resurrección, sino también después de su ascensión, y finalmente en su segunda venida como Señor y Juez.

Este era el Cristo glorificado que Pablo encontraría al partir hacia Damasco para perseguir al culto a Jesús, que creía que estaba socavando la lealtad al pacto de Israel. Este era el Cristo glorificado que Juan vería en la isla de Patmos al entrar en las experiencias visionarias que finalmente darían origen al libro del Apocalipsis. El autor recuerda la transfiguración como evidencia de que Dios invistió a Jesús con un honor y una gloria distintivos, una frase que evoca el Salmo 8, versículos 5 y 6. Lo coronas de gloria y honor.

Todo lo sometiste bajo sus pies. Originalmente, el Salmo 8 se entendía como una celebración de los asombrosos privilegios que Dios había concedido a la humanidad en su creación. «¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes?», dice el salmista al comenzar su alabanza, «¿o el hijo del hombre, para que en él pienses?». Los primeros cristianos interpretaron esta mención del hijo del hombre como una pista de que el salmo también tenía un sentido: no solo hablaba de la humanidad en general, sino de Jesús en particular.

La declaración de Dios de que Jesús era su hijo evocaría, además, el Salmo 2, versículo 7. El Salmo 2 fue originalmente un salmo real, una celebración del favor divino del que gozaba el rey davídico y su lugar en el cosmos de Dios. Sin embargo, llegó a interpretarse como una palabra profética acerca del Mesías, el rey davídico supremo. Como este hijo, Jesús, según la promesa, recibiría las naciones como herencia de Dios y las gobernaría con vara de hierro.

En la iglesia primitiva, esto se convirtió en un oráculo que anticipaba el regreso de Cristo para inaugurar su reino. Por lo tanto, el lenguaje con el que el autor narra la transfiguración presenta ese evento como una experiencia proleptica del regreso de Jesús como rey y juez designado por Dios para el fin de los tiempos. Esta es, quizás, y no de forma casual, también la interpretación que Marcos hizo del evento.

Al plasmar los dichos y relatos de Jesús en su narrativa, Marcos introdujo el episodio de la transfiguración con esta declaración de Jesús: «Hay algunos aquí que no probarán la muerte antes de ver el reino de Dios viniendo en gloria». Marcos parece haber comprendido y

guiado a su audiencia para que comprendiera que esta declaración se cumpliría en la transfiguración, el siguiente episodio que relata, y el único episodio en la historia de Jesús hasta ese momento que conecta con el anterior mediante una cronología precisa.

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan y los condujo a un monte alto. El autor de 2 Pedro entiende la transfiguración exactamente de la misma manera. Fue una experiencia visionaria de Jesús en su segunda venida.

Fue una experiencia que, al menos para Pedro, Santiago y Juan, hizo más cierta la palabra profética. El autor espera que el recuerdo de este testimonio apostólico tenga el mismo efecto en su público. Por ello, los insta, a pesar de las objeciones y la desmitificación de los escépticos, a aferrarse a lo que la palabra profética anuncia como una certeza futura.

De esta manera, la luz del amanecer del Señor iluminará sus pasos en la penumbra de esta vida presente, para que cuando el día amanezca en su plenitud, se encuentren en paz. Confesamos que la muerte y resurrección de Jesús ocurrieron tal como Jesús predijo. La transfiguración nos da una seguridad adicional de que la historia aún se desarrollará como Jesús prometió, que, como las grandes tradiciones de la Iglesia han confesado en el Credo de Nicea, él vendrá de nuevo en gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Esta es una convicción que no solo debe permanecer en nuestra mente ni expresarse en nuestros labios, sino que debe moldear toda nuestra vida, como nuestro autor la expresará hacia el final de esta carta, al anticipar la venida cataclísmica de Cristo para inaugurar la nueva creación. Dado que todo esto está destinado a la destrucción, ¿qué clase de personas están obligados a ser, esperando y apresurando la llegada del día de Dios con santa conducta y reverente piedad? El autor ofrece la revelación de la gloria y el honor de Jesús en la transfiguración, junto con la declaración de Dios de que Jesús era en verdad su hijo, un título con profundas resonancias en el Salmo 2, con su expectativa de que el regente designado por Dios ejerza juicio sobre todas las naciones, como evidencia que hace más segura la palabra profética. Esto lo lleva a una breve digresión, afirmando la fiabilidad de las palabras proféticas genuinas recibidas por la comunidad en el pasado, sin duda refiriéndose principalmente a las de los profetas hebreos que anticipan el día del Señor.

Así, en el capítulo 1, versículos 20 y 21, leemos: tengan la certeza de esto: ninguna palabra profética en las Escrituras fue producto de la propia invención de una persona, pues ninguna palabra profética fue jamás transmitida por la voluntad de un ser humano, sino que personas guiadas por el Espíritu Santo hablaron de parte de Dios. Este texto se ha interpretado a menudo como una advertencia contra las interpretaciones privadas de los textos bíblicos, lo cual probablemente sea una buena advertencia en sí misma, pero es probable que no haya sido esa la intención del autor. Más bien, afirma la comprensión y expresión precisas del profeta de cualquier experiencia extática, sueño, visión o audición de la voz divina que el profeta hubiera recibido, de modo que la representación del profeta de su significado es precisa y fiable.

En el mundo grecorromano, debemos recordar que las llamadas palabras proféticas se pronunciaban y se plasmaban por escrito en circunstancias turbias. Podríamos considerar el oráculo de Delfos, quien, en un trance místico y posiblemente alucinógeno, emitía sonidos

que sus sacerdotes escribían lo mejor que podían, entregando los oráculos, a menudo ambiguos y, podría decirse, engañosos, a los investigadores para que los interpretaran a su antojo. Este podría ser un ejemplo extremo, pero proporciona contexto para la afirmación de nuestro autor de que no había margen de error ni malentendido en la composición de las palabras proféticas de las Escrituras.

El Espíritu Santo guió a los profetas para que hablaran y escribieran con precisión lo que Dios quería que se escribiera. Sin embargo, no ocurre lo mismo con todos los profetas, y el autor recuerda a su audiencia que las falsificaciones surgieron con frecuencia entre el pueblo del primer pacto, así como las falsificaciones seguirán plagando al pueblo de Dios en el contexto actual. Pero sí hubo falsos profetas entre el pueblo, así como también habrá falsos maestros entre ustedes que introducirán opiniones destructivas, incluso negando al amo que los compró, atrayendo sobre sí mismos una destrucción repentina.

Y muchos seguirán sus prácticas desvergonzadas y autocomplacientes, por las cuales el camino de la verdad será calumniado, y traficarán con vosotros con codicia, con mensajes inventados, respecto a quienes la condenación de antaño no es lenta y su destrucción no duerme. ¿Cómo se distingue a los profetas genuinos de los falsos? ¿Cómo se sabe quién habla en nombre de Dios? El autor sugiere que el carácter moral y la práctica del individuo contribuyen en gran medida a responder la pregunta: ¿sirve el profeta a los deseos de Dios o usa su influencia para satisfacer sus propios deseos, a menudo de maneras muy materialistas y sensuales? Como sugieren tanto el primer como el tercer capítulo de esta carta, la consonancia con la tradición de aquellos a quienes la comunidad de fe ha recibido como profetas genuinos —los profetas de los períodos del primer y segundo templo, cuyos oráculos están registrados en las Escrituras, y los apóstoles inspirados por el espíritu que introdujeron al público a la fe— es otro criterio principal. Tanto Pablo como el anciano responsable de escribir 1 Juan estarían de acuerdo.

Aunque nuestro autor usa el tiempo futuro, la forma en que se desarrolla el resto de la carta deja claro que estos falsos maestros ya han llegado. El autor hablará de ellos y de su actividad en presente desde el capítulo 2, versículo 10, hasta el final del capítulo, y de su ataque a la creencia cristiana en la segunda venida de Cristo y el juicio final en el capítulo 3, versículos 3 al 7. Es también en este punto de la carta donde empezamos a percibir claros ecos de la carta de Judas, que continúan hasta el final del capítulo 2. Si bien muchos de los temas son convencionales, la concentración de estos temas y su desarrollo paralelo a lo largo de todo un capítulo sugiere firmemente que un autor conoce, valora y ha utilizado la obra del otro para abordar un problema similar: los intrusos innovadores que buscan modificar el evangelio apostólico para sus propios fines. El recurso no se utilizó servilmente, sino que se adaptó considerablemente para adecuarse tanto a un público con una herencia cultural muy diferente como a un mensaje rival con un enfoque significativamente distinto.

El consenso académico es que Judas es el texto más original, y que el autor de 2 Pedro se basó en su progresión temática para dirigirse a su público, dado que el enfoque de Judas en la certeza del juicio divino era tan relevante para la situación de 2 Pedro, y dado que Judas había elaborado una denuncia retóricamente contundente contra los innovadores egoístas del evangelio. Prestar atención a las modificaciones que 2 Pedro hace del contenido que encontramos en Judas, por lo tanto, puede ayudar a subrayar los intereses de 2 Pedro y el carácter de su público. Aquí, en 2 Pedro 2, versículos 1 al 3, percibimos ecos de varios temas

de Judas versículo 4. La infiltración de los innovadores en las congregaciones y la introducción de enseñanzas destructivas, la negación del señorío de Cristo en cierto sentido, y el hecho de que la condenación de tales personas fue anunciada hace mucho tiempo, al menos en el registro bíblico del juicio de Dios sobre todas esas personas, si no sobre estos maestros específica e individualmente.

En el caso de Judas, la negación del Señor Jesús por parte del intruso parece haber sido puramente práctica. Bien podrían haber confesado con la boca que Jesús es el Señor, pero lo negaron en la práctica al no hacer lo que el Señor les ordenó. Aquí, el autor de 2 Pedro probablemente se refiere a la negación del maestro rival del compromiso de Dios de juzgar y, por lo tanto, a la convicción de que Cristo regresaría como Señor y juez.

Esto, por supuesto, también tuvo consecuencias prácticas. Liberados de la preocupación por las recompensas y los castigos divinos, quedó claro el camino para disfrutar al máximo de la vida para el propio placer y sus fines. Nuestro autor añade una preocupación adicional: el impacto de tal búsqueda de placer en la reputación del grupo cristiano.

Los cristianos eran generalmente considerados un grupo degradado de ateos, pues, de hecho, negaban la existencia de la gran mayoría de los dioses, quienes ya no mostraban la debida solidaridad cívica con sus vecinos, ni en festivales públicos ni en reuniones privadas, todo lo cual habría implicado un reconocimiento simbólico de los dioses que los cristianos rechazaban. Los primeros líderes cristianos se empeñaban en asegurar que cualquier reproche que se dirigiera a los cristianos se debiera a causas verdaderamente virtuosas: su compromiso con el único Dios que existe y con el reino venidero de su Señor Jesucristo, y no a causas legítimas de comportamiento inmoral o abiertamente subversivo. El autor de Segunda Epístola de Pedro, por cierto, refleja una preocupación similar en este caso.

El camino de la verdad será ciertamente difamado, pero que no sea por las prácticas inmorales o autocomplacientes de quienes se autodenominan cristianos. También podemos encontrar algún reflejo de esta preocupación tanto en el inicio de la carta como en la cuidadosa construcción que el autor hace de una respuesta a la crítica del maestro rival a la creencia cristiana en el juicio divino en el capítulo 3. Si la fe cristiana adolece, a juicio de algunas personas, de ser provinciana o provinciana, el autor demostrará que, más bien, está en consonancia tanto con los ideales más elevados de la ética grecorromana como con las defensas filosóficas de la creencia en el juicio divino. Las cláusulas finales del versículo 3 del capítulo 2 son particularmente interesantes, dado el énfasis que emergerá en el capítulo 3 sobre la supuesta demora del juicio divino, que Epicuro y los de su escuela consideraron una señal de que los dioses, de hecho, no se preocupan por la injusticia humana.

El autor insiste en afirmar dos veces que el juicio personificado de estos maestros rivales no es ni perezoso ni descuidado. Si Dios aún no ha eliminado a los maestros rivales, es con un solo propósito: darles espacio para que se arrepientan, acepten la totalidad del evangelio genuino y vivan en consonancia con la trayectoria que comenzó con su purificación de los pecados pasados mediante el costoso sacrificio de Jesús, y que avanza hacia la recreación divina de los cielos y la tierra, donde solo la justicia tendrá un hogar. El autor comienza a refutar la afirmación del maestro rival de que Dios no interviene para juzgar y castigar, repasando episodios de la historia sagrada que demuestran lo contrario.

Considera la destrucción del mundo antiguo y sus habitantes en el diluvio, y la conflagración de Sodoma como ejemplos históricos que demuestran la preocupación de Dios por la injusticia humana y su compromiso de intervenir para ponerle fin. Sin embargo, estos ejemplos también sirven como precedentes históricos que respaldan la convicción bíblica y apostólica judía de que Dios intervendrá de nuevo en el futuro para juzgar toda injusticia y eliminarla de su nueva creación. Esto concuerda con el principio general de la lógica articulado por Aristóteles en su Arte de la Retórica: que, por regla general, el futuro se asemeja al pasado, y que es examinando el pasado que adivinamos y juzgamos el futuro.

Estos precedentes, por lo tanto, hacen creíble la confesión de que Cristo volverá, o volverá en gloria para juzgar a vivos y muertos. Así lo escuchamos en el capítulo 2, versículos 4 al 10. Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los condenó al Tártaro en cadenas de oscuridad, los entregó para ser guardados para el juicio, y no perdonó al mundo antiguo, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos, sino que protegió a los ocho que pertenecían a Noé, el predicador de justicia, y reduciendo a cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra, las condenó a la ruina, poniéndolas como ejemplo de lo que les sobrevendría a los impíos, pero rescató a los justos que se sintieron afligidos por la conducta desvergonzada de los malvados.

Pues aquel justo que habitaba entre ellos, día tras día, atormentaba su alma justa al ver y oír sus iniquidades. Entonces el Señor sabe cómo rescatar de la prueba a los piadosos y reservar a los injustos para el día del juicio. Y con mayor razón a quienes se dejan llevar por la carne, con deseos contaminados y menospreciando la autoridad.

El autor invoca el ejemplo de los ángeles transgresores, ahora más estrechamente vinculado al diluvio universal, y el ejemplo de Sodoma, también presente en Judas, versículos 5 al 7, omitiendo la mención que Judas hace de la generación del Éxodo. Sin embargo, introduce las contrapartes positivas de estos episodios de juicio, a saber, la liberación de Noé y su familia del diluvio, y la liberación de Lot de la ciudad de Sodoma. Este doble énfasis se ajusta al objetivo del autor, no solo de socavar a los maestros rivales, sino también de promover el compromiso continuo del público con la búsqueda de la justicia, el camino que había trazado en el capítulo 1, versículos 3 al 11, que resulta en la liberación del juicio venidero que analizará en el capítulo 3, versículos 1 al 15.

Los ángeles desobedientes y el diluvio están estrechamente relacionados en Génesis. Todo el episodio del diluvio está precedido por una breve y sugerente referencia a los ángeles que se aparearon con mujeres humanas en Génesis 6:1-4, una conexión que también se nutre en la literatura judía del Segundo Templo. En el Apócrifo del Génesis, un texto hallado en las cuevas que rodean Qumrán, por ejemplo, Lamec teme que su hijo Noé, de una belleza anormal, no sea suyo, sino fruto de la relación sexual de uno de los ángeles con su esposa.

En otros textos, se dice que el diluvio fue necesario particularmente por los males que esos ángeles introdujeron en los seres humanos y que estos provocaron. Por lo tanto, era natural que nuestro autor asociara a los ángeles guardianes tanto con el diluvio como con Noé como una contraparte positiva, dando testimonio de la protección de Dios a los justos en medio del juicio contra los impíos. Es interesante que nuestro autor llame a Noé un predicador de justicia.

No hay ninguna indicación en la narración del Génesis de que Noé intentara dar testimonio o reformar a sus vecinos, pero las ampliaciones de la historia del período del Segundo Templo lo presentan de esta manera. En el primer oráculo de los hermanos, por ejemplo, Dios le encomienda a Noé que proclame el arrepentimiento a todos los pueblos para que todos puedan ser salvos. Y Josefo, en su paráfrasis de la historia bíblica, dice que Noé se sintió muy incómodo con lo que hicieron y, disgustado por su conducta, los instó a cambiar su carácter y sus actos para mejor.

Esta tradición puede contrarrestar la tendencia a preocuparse únicamente por la liberación del grupo, recordándoles su deber, como Noé, de dar testimonio de la justicia de Dios e invitar a sus vecinos a un lugar seguro ante el juicio divino. Como hizo Judas con respecto a los intrusos que le preocupaban, el autor de Segunda de Pedro ahora se lanza a una crítica descarada del carácter y las motivaciones de los maestros rivales. Personas presuntuosas y arrogantes, no dudan en calumniar a seres gloriosos, mientras que ángeles superiores a ellos en fuerza y poder no los juzgan con desprecio ante el Señor.

Pero estas personas, como bestias sin razón que actúan por instinto y son concebidas solo para ser capturadas y destruidas, calumniando sobre cosas que ignoran, también serán destruidas en su corrupción, experimentando la injusticia como recompensa por su maldad. Considerando los banquetes a plena luz del día un placer, manchas y defectos que se deleitan en sus trucos mientras festejan junto a ustedes, siempre al acecho de una adúltera, sin descanso del pecado, seduciendo almas inestables, con corazones bien ejercitados en la avaricia, son hijos de una maldición. Abandonando el camino recto, se han extraviado, siguiendo el camino de Balaam, hijo de Bosor, quien amó la recompensa de la injusticia.

Pero sufrió la reprimenda por su propia transgresión. Un burro inarticulado, expresándose con voz humana, frenó la locura del profeta. Si, en efecto, el autor de 2 Pedro, como creen la mayoría de los eruditos, se vale de Judas, resulta particularmente interesante observar que evita mencionar el extraño episodio de la disputa angelical sobre el cadáver de Moisés, al igual que omite la recitación de 1 Enoc, versículo 9, como testimonio del juicio divino.

Se ha entendido que esto indica su propia falta de entusiasmo por tales obras extracanónicas o, quizás más probablemente, la falta de familiaridad de su audiencia con dichas obras y tradiciones. Si, como cree la mayoría de los eruditos, el autor de 2 Pedro se dirige a una congregación en algún lugar de la zona donde se superponen las misiones paulinas y petrinas, estas estarían muy alejadas de las obras y tradiciones extracanónicas vigentes en Palestina, y por lo tanto, sería más confuso que ventajoso invocar dichas tradiciones en esta carta. Sin embargo, el autor mantiene la acusación de que los maestros rivales están calumniando a seres espirituales que están en un nivel superior al de los humanos en la creación.

No está claro en qué sentido lo hacían, pero negar la autoridad de ángeles o demonios sobre la existencia humana parecería ir de la mano con negar la intervención de Dios mismo en los asuntos humanos. De hecho, podrían haber afirmado su libertad al hablar con desprecio de aquellos seres espirituales que a su público más supersticioso se le había enseñado a respetar. Cabe esperar que el público recuerde el episodio de Zacarías 3, versículos 1 al 6, en el que Miguel responde a Satanás con «Que el Señor te reprenda»,

como en Judas, pero ya sin el trasfondo potencialmente confuso de la historia del cadáver de Moisés.

El autor desmiente las pretensiones filosóficas de los maestros rivales al afirmar que, de hecho, operan al nivel de animales salvajes y no de seres humanos iluminados. Esto se refleja en su indulgencia con la comida y la bebida, su supuesto deseo de encuentros sexuales y la avaricia o codicia que motiva todo lo que hacen. Los ultrarricos y la clase ociosa podían entregarse a sus festines y borracheras a cualquier hora del día y durante días y noches consecutivos, pero, en general, tal indolencia autocomplaciente durante el día se consideraba degenerada.

Isaías ya había condenado a estas personas, dedicadas como estaban al placer y no a la obra de Dios. El Testamento de Moisés, producto del siglo I d. C., también utiliza este rasgo para caracterizar a los impíos. Gente engañosa, que solo busca su propio placer, falsa en todos los sentidos imaginables, amante de los festines a cualquier hora del día, devorando con glotonería.

El verso que había expresado con cierta libertad, como «siempre al acecho de una adúltera», era más transparente, «teniendo un ojo lleno de adúltera». Esta expresión oscura parece presuponer cierto conocimiento del hecho de que las pupilas de los ojos se llamaban en griego korei, o doncellas. Plutarco, escribiendo a finales del siglo I o principios del II, recita lo que parece haber sido un proverbio contemporáneo que habla del hombre lujurioso que tiene «pornei», prostitutas, en lugar de «korei», doncellas en sus ojos.

Quien no haga esta conexión, aun así, entendería la idea. Estos maestros andan al acecho. Dejando de lado las referencias de Judas a Caín y Coré, nuestro autor se centra en la historia de Balaam, y lo hace con respecto al episodio más conocido del encuentro de Balaam con el ángel del Señor enviado para abatirlo antes de que pudiera llevar a cabo su tarea de maldecir al pueblo de Dios.

Este episodio se encuentra en Números 22, versículos 15 al 35. Hay que reconocerle a Balaam que no quiso ir ante Balac, rey de Moab, cuando este lo llamó. Incluso cuando finalmente cedió, les dijo a los mensajeros que solo podía decir las palabras que Dios pusiera en su boca, ya fuera para bendecir o maldecir.

Sin embargo, camino a Moab, el ángel del Señor se interpuso en el camino de Balaam tres veces para matarlo. En cada ocasión, el burro que Balaam montaba se desvió del camino o simplemente se echó en el suelo. Al ser golpeado una vez más por Balaam, el burro habló y le llamó la atención sobre el temible ángel que tenían delante, y Balaam finalmente comprendió el peligro del que el burro lo había salvado.

De manera similar, el autor insinúa que estos maestros rivales, aunque fingen tener un conocimiento genuino de las cosas divinas, son ciegos a los peligros que les acechan en el camino: el juicio inminente de Dios, que ellos mismos niegan. El autor continúa su denuncia contra estos maestros rivales, afirmando el peligro que representan para los incautos, pero también el peligro que representan para sí mismos. Haber conocido la redención y la nueva vida que Cristo nos ha provisto, y luego volver a abrazar facetas de esa vida de la que nos redimió a tal precio, nos deja en peor estado que quienes nunca han experimentado los beneficios de Cristo.



Estas personas son manantiales sin agua y nieblas impulsadas por vendavales, para quienes la oscuridad de la oscuridad está reservada. Por hablar cosas vacías y arrogantes, seducen con descarados deseos carnales a quienes en realidad escapan de quienes se comportan en el error. Mientras les prometen libertad, ellos mismos son esclavos de la corrupción.

Pues por aquello que alguien ha vencido, se ha vuelto esclavo de ello. Pues si, al huir de las contaminaciones del mundo mediante el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, vuelven a ser vencidos, enredándose en ellas, su condición postrera se ha vuelto peor que la primera. Pues mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia que, habiéndolo conocido, apartarse de nuevo del santo mandamiento que les fue dado.

Lo que se articuló en el proverbio verdadero les ha acontecido: perro que vuelve a su vómito y cerdo que se limpia para revolcarse en el lodo. Una vez más, encontramos fuertes resonancias con la carta de Judas, por ejemplo, en la afirmación de que los maestros rivales no tienen nada sustancial que ofrecer como manantiales secos. Nuestro autor, sin embargo, presenta el peligro que enfrentan quienes, tras conocer el favor de Dios, lo rechazan y rechazan la santidad a la que Dios nos llama, en favor de prácticas egoístas.

Tal énfasis se anticipaba en el párrafo inicial, donde no avanzar en la nueva vida de virtud y santidad equivale a olvidar la purificación de los pecados pasados. En el capítulo 2, versículo 19, el autor llega a un punto crítico, al establecer un contraste entre la libertad que los maestros rivales, siguiendo los pasos de Epicuro, prometían a sus oyentes y la esclavitud mucho más vergonzosa en la que se encuentran estos maestros, la esclavitud a sus deseos y pasiones. Aquí aborda un tema filosófico bien conocido: qué constituye la verdadera libertad y qué constituye la verdadera esclavitud.

Pensemos, por ejemplo, en el tratado de Filón de Alejandría, según el cual toda persona buena es libre, o en los discursos XIV y XV de Diocriso sobre la libertad y la esclavitud. En ambos, leemos que la verdadera libertad no implica hacer lo que uno desee, así como la verdadera esclavitud no es una cuestión de estatus social. Más bien, la verdadera libertad es la capacidad de no dejarse llevar en una u otra dirección por las propias emociones, antojos o sensaciones físicas.

Es la libertad de no ser coaccionado a realizar ningún acto vil o vicioso por ningún impulso. La auténtica esclavitud, en cambio, es lo opuesto: ser impulsado por los bajos deseos a comportamientos vergonzosos contrarios a los ideales universalmente apreciados de justicia, valentía, sabiduría y templanza. Los maestros rivales han pervertido la buena nueva de Cristo de tal manera que les da pie a seguir sirviendo a las pasiones de su carne, por usar una frase de Pablo.

Al hacerlo, han perdido la auténtica libertad que el evangelio pretendía brindar a los seres humanos. Cualquiera que se deje persuadir por estos maestros rivales, por supuesto, corre el mismo riesgo. Y el riesgo no es pequeño.

No se trata de volver al punto de partida, según el autor, pues despreciar las bondadosas provisiones de Dios para la vida y la piedad, tema con el que nuestro autor inicia su carta, es una ofensa mucho peor que haber permanecido ignorante y nunca haberlas experimentado, pues implica un juicio de valor intencional, como lo habría expresado la generación del

Éxodo: es mejor disfrutar de las provisiones de las ollas de carne en Egipto que continuar el viaje con Dios hacia la tierra prometida. Fue en este punto de su carta que Judas introdujo la cita de 1 Enoc 1.9, sobre la venida de Dios en juicio con decenas de miles de sus santos.

Nuestro autor elimina esta referencia a favor de material más central para la tradición judía y cristiana. El primero, que su condición se ha vuelto peor que la primera, recuerda un dicho de Jesús conocido en Mateo 12, versículos 43 al 45. Cuando el espíritu inmundo sale de una persona, vaga por regiones áridas buscando un lugar de descanso, pero no lo encuentra.

Entonces dice: «Volveré a mi casa de donde salí». Cuando llega, la encuentra vacía, barrida y ordenada. Entonces va y trae consigo otros siete espíritus peores que él, y entran y viven allí.

Y el último estado de esa persona es peor que el primero. Así también será con esta generación perversa. El autor de 2 Pedro parece haber interpretado esta parábola en consonancia con la persona que había sido liberada por Cristo en un sentido salvífico y ético, pero que luego permitió que su antigua vida se apoderara de ella una vez más, como lo hicieron los maestros rivales.

El segundo recurso es una máxima que proviene más directamente de Proverbios, donde se compara al necio que regresa a sus prácticas contraproducentes con el perro que vuelve a ingerir su propio vómito, es decir, aquel que ya había demostrado ser insalubre. A esto se añade otra máxima, fácilmente derivada de la ganadería, que enseña que no tiene mucho sentido bañar a un cerdo. Recibir el favor de Dios, entrar en la vida, emprender la ruta de evacuación que Dios ha dispuesto mediante la muerte de Jesús y el derramamiento del Espíritu Santo, conlleva y nos impone la obligación de vivir ahora de tal manera que demos que conocemos y honramos el valor de lo que se nos ha dado.

Para nuestro autor, esto significa vivir con constancia en la trayectoria que nos ha marcado la purificación de nuestros pecados pasados para alcanzar la justicia que encontrará hogar en el reino del Hijo amado de Dios. Dejar de hacerlo, apartarse de este camino recto, debería ser impensable para quienes han probado y visto que el Señor es bueno y que la vida que él da es buena.